

### XXXIX

#### COSITAS DE NADA.

La vuelta de la joven á Fiésole, con el mensaje de la condesa, que ofrecía tan cortesmente su posesión del Casentino, fué para la desolada mistress Needle como un rayo de luz, en medio de las nubes de un cielo encapotado y amenazador. A los saludos que le trajo de sir Roberto Smith, respondió con un gracias sumamente seco; mas por la oferta de la finca se alegró muchísimo, manifestando el mayor placer por aquella especie de victoria. En otras circunstancias, por nada del mundo hubiese admitido un regalo tan generoso de una reciente amiga; mas lo apremiante del tiempo y la precisión de librar á su hijo de las seducciones de sir Roberto desva-

necieron las delicadas consideraciones, sin vacilar por ello un instante, dirigió á la condesa una carta confirmando que admitía, no teniendo reparo en añadir:—Verdaderamente debo desengañarme; hallo en las damas católicas tal noble cortesía, que no la imaginaba ni de cien leguas. ¡Dios se lo pague á la condesa Giacinti. .! Así á lo menos no volverá mi cazador tan pronto á coger pájaros en Florencia.—

En la mesa, mistress Needle habló de la determinación tomada de ir al Casentino, y la propuso á las niñas como una prueba del cariño materno, á fin de pasar mucho más alegres las últimas semanas de la permanencia en Italia, y como un premio por su buena conducta y por haber aprovechado no poco el estudio de la lengua italiana. Por ello Clara y Clemencia movieron mucho ruido; gracias á su sencillez, cada novedad era una fiesta. Por el contrario, John, que comprendió la trama, se puso verde de cólera, pero á su modo; cólera muda, que ahogaba en su corazón, aunque meditando su venganza. Esta fué terrible, porque discurrendo con Julia después del desayuno, llegó á decir (en voz alta, para ser oído por su madre) que á la nueva mansión llevaría un amigo que dis-

minuiría su tedio, esto es, un manuscrito de sir Roberto Smith, que le gustaba extraordinariamente. Herida la pobre madre en las más tiernas fibras de su corazón, sólo pudo prorrumpir en un gemido sofocado; comprendía que irritar á su hijo después de la fiera determinación tomada, era tanto como añadir ira nueva á la vieja, y ponerlo en el trance de hacer una demostración de mal encubierto enojo. Parecióle, pues, mejor callar, si bien la jactancia de su primogénito quedó atravesada en sus visceras cual hoja de acero. No obstante todo esto, continuando algunos días en Florencia, antes de dirigirse á la nueva villa, no quiso faltar por ningún concepto al deber de la cortesía con sir Roberto Smith, sobre todo porque Julia le había dicho que su dolencia empeoraba, lejos de disminuir. Con toda la familia fué á despedirse del venerando viejo, por lo cual el doliente se mostró agradecido sobremedura. Como en toda la visita no dijo una palabra ni media de religión, mistress Needle infirió que había oído de John, ó imaginado por sí, el verdadero motivo de la precipitada fuga de Fiésolo. Cuando la dama se despedía, dijo Smith:—Hogaríame mucho de hablar un rato con Julia; si antes

de partir pudiese llegar hasta mí, quedaría obligadísimo á ella y á vos.—

Julia no se lo hizo decir dos veces; era su vivísimo deseo. La entrevista fué breve y concisa, como pasa tratándose de óptimos entendedores de buena fe.—Nunca imaginé, dijo Smith por primer saludo, que una niña me pudiese decir cosas que me hicieran pensar, y sin embargo no concluyo aún de digerir aquellas observaciones vuestras.

—¿Cuáles?

—Sobre la biblia.—

Dijo Julia, con modestia y actitud afectuosa:—Oíd, señor Smith; á vuestra edad, con vuestros estudios, con vuestra agudeza y con la experiencia de una larga vida, no podeis ciertamente aprender nada de mí; mas todos, en todas edades, debemos ser discípulos de la verdad, cuando resulta evidente. No quiero deciros las razones por las cuales es claro como el sol que la biblia no funda iglesia de ningún género: os suplico solamente, como una niña puede suplicar á su padre, que vos mismo examinéis esta proposición: El que cree en la biblia pertenece á la sociedad fundada por Jesucristo. Si aplicais á tal estudio la invencible dialéctica, por la que habeis re-

conocido que ninguna de las comuniones protestantes constituye verdadera sociedad de Jesucristo, descubriréis que aquella proposición no se sostiene. Por creer en la biblia, según os parece ó no, teneis una opinión religiosa, y nada más, porque no os somete á la Cabeza, á la cual Cristo dió el encargo de apacentar la grey cristiana; no os une á los hermanos, ni os abre camino para los Sacramentos vitales, de los que sólo es dispensadora la Iglesia de Cristo, católica, apostólica, única; creeren aquel libro ni siquiera os asegura de conocer el verdadero sentido de la palabra de Dios, por cuanto veis innumerables hombres que yerran con la biblia en la mano, y se contradicen mutuamente respecto de las verdades más esenciales de la religión. Basta; no quiero haceros perder los minutos afirmando lo que vos, si reflexionais un poco, podríais enseñarme. Os ruego sólo que si alguna vez recibis cualquier carta mía, la mireis como una prueba de mi gran respeto por vos y por vuestra virtud.--

Con estas y semejantes palabras despidióse Julia, dejando más que nunca en el corazón del pobre doliente la semilla de una verdad saludable, y saliendo con la

esperanza no leve de que debían fomentarla la buena fe, la fuerte lógica de Smith, y el aura benigna del Espíritu Santo.

Al día siguiente, á eso de las cuatro, tres coches empolvados (el tiempo era sequísimo, y comenzaba la primavera) llegaban á la villa Giasini. En el primero iba *miss* Needle, con sus hijas y Julia. John, según costumbre, había preferido ir sentado á sus anchas, envuelto en el polvillo y con el fusil en lo alto del coche. En los otros dos iban los criados, con las balijas y lo demás. Según costumbre, la Needle envió en el día precedente á su representante, con el mandato de inspeccionar con detenimiento el piso y ponerle muy en orden. Había mandado partir también al cocinero con algunas cajas de provisiones y de muebles, pensando encontrar entonces desierta la finca. Consíderese cuál sería su asombro cuando, al pisar las alfombras de la doble escala exterior del palacio, vió descender á la condesa Giacinti, en traje sencillo de campo, con un gran sombrero de paja, los brazos abiertos, dulce sonrisa en los labios, y rostro clarísimo, que respiraba la amistad, anunciando el sincero gozo con que recibía á la fo-

rastera y á su familia. Grandes fueron los cumplimientos y las acciones de gracias de la Needle, que, introducida pronto en un salón lleno de luces y de flores, debió renovarlas mientras la excelente condesa presentaba á su hija Paulina, al marqués Lauri, su yerno, y á su hijo, muy gracioso infante, Horacio de nombre. Hubiera querido marcharse para volver al terrado y vigilar el transporte de los bagajes.—No os incomodéis, le dijo la condesa: nuestros campesinos los han subido ya, y los han entregado á vuestros dependientes, por lo cual, á esta hora, todo lo teneis arreglado en vuestro piso. Sólo falta que subais, después de quitaros el polvo y la sed.—

Esto decía la condesa, porque entonces se presentaban en el salón dos servidores con guantes blancos, llevando dos fuentes llenas de dulces, de vinos y de refrescos. No hay que decir si Clara y Clemencia se pusieron alegres. John admitió una copita de vino que le llaman santo, color de ámbar, que le pareció excelente, y después de comer algo, bebió de nuevo. Concluido á poco el nuevo refresco, la señora de la casa dió el brazo á la huésped británica, y dijo:—Ahora vamos, si os place descansar un poco en vuestra casa... Así llamo

al piso superior, por decirlo, porque toda la villa es vuestra, sin duda. Un poco más tarde vendré á oír si estais en disposición de comer.

—Pero yo, repuso la Needle, me figuraba que...

—¿Qué? ¿Qué? dijo la condesa interrumpiéndola; espero que el primer día que honrais mi casa honrareis así mismo mi mesa campestre.

—¿Tan pronto?

—¿Qué quereis? A mi hija y á mi yerno les tarda mucho conoceros un poco. Adelante; es cosa resuelta: dentro de una hora vendré á buscaros.—

Maravillada mistress Needle de tanta cortesía, no encontró frases para rechazar la oferta; conformándose de buen grado. Visitó las habitaciones con la condesa, pareciéndole grandes, ventiladas, bien dispuestas, y, aunque no lujosas, provistas de lo necesario y conveniente. Como preguntaba el cocinero á qué hora comería:—Mañana, respondió mistress Needle, á la hora de costumbre; porque hoy comeremos dos horas antes, para corresponder á la invitación de estos señores.—

Repuso la Giasinti prontamente:—Aun hoy os corresponde fijar la hora; porque

á nosotros lo mismo nos da comer luego ó tarde.—

Contestó la Needle, refiriéndose á las niñas, que se encantaban mirando el jardín:—Estas están siempre prontas; tanto más, porque sobre su conciencia sólo tienen una colación de cosa fria, tomada en el coche.

—Bien, dijo la condesa; os dejo un instante de reposo, y volveré á encontraros.—

Quedó, pues. sola mistress Needle con sus hijos y con Julia, que tuvo arreglado en pocos momentos el piso, haciendo colocar las ropas á su placer. Para su persona, bastábale un momento, y se ponía de súbito al rededor de sus discípulas, no desdenando los más humildes oficios de camarera, y ayudando con su mano hábil á ponerlas nuevos trajes y arreglarlas de todo. Después de lo cual las llevó á su madre, que salía entonces precisamente de su cámara, triunfante de gozo por haber llegado á tan hermosa villa, según los deseos de su corazón.—Un despropósito, exclamó abrazando á Julia con viveza infantil casi, un despropósito solamente, pero grande, hicimos, no dirigiéndonos aquí al llegar á Florencia.

—Mejor es tarde que nunca, dijo la joven.

—Ciertamente; mas, á no dejarme fascinar por las hermosas razones de sir Roberto, no hubiéramos permanecido tanto tiempo en Florencia, con todos los males deplorados. ¡Ah! Si hubiera venido personalmente á ver la quinta, hubiéramos gozado este paraíso muy cerca de dos meses.—Al decir esto, tiraba de la mano á Julia, dirigiéndose á ésta ó á la otra ventana, mostrando también á su hijo y á las niñas los amenos paisajes que por todas partes se presentaban, las colinas, los vallecitos, los prados, los campos cubiertos de trigo en yerba, las calles de árboles que comenzaban á reverdecer por las nuevas hojas, y el jardín, que estaba debajo, á uno y otro lado. Sobre ser de gran extensión y hermoso, estaba muy cuidado, no faltándole almendros y albérchigos convertidos en verdaderos ramos de flores. En una palabra, disfrutaba ella felizmente una de las mayores felicidades que podía desear, ó sea la de hallarse en un sitio donde abrazaba con la vista y el corazón juntas todas las delicias de la naturaleza.

John había vuelto á su cuarto, á instancia del camarero. Si este no se le hubiera

ocurrido advertirle que mudara de traje no hubiera hecho más que deponer el fusil, sacudirse algo el polvo, y presentarse á la mesa. Tuvo cuidado de abrir una cartera, de la cual sacó un lío de papeles, que con presteza puso en una cajita, cerrándola con llave. Reunido á los suyos, al verlo la joven un poco aparte en el vano de una ventana, mientras la señora ponía sobre las nubes las bellezas del cielo y de la tierra, le dijo brevemente con voz muy baja:—Quisiera, señor John, que me hicierais una merced . . . .

—Soy un oso y lo seré, repuso incontinenti; pero me parece que nunca fuí descortés con vos: decid lo que gustéis, miss Julia.

La joven:—Ignorais cuán feliz sería vuestra madre aquí, queriendo vos...

—¡Oh! ¿Acaso ha sido jamás infeliz por mi culpa?

—No digo esto; mas se preocupa de nuestras disertaciones religiosas: pierde el sueño por la pena, y á solas derrama lágrimas amarguísimas, que solamente Dios conoce, y un poco yo. Por gracia, sed con ella un hijo amoroso...

—Entre tanto, dijo John interrumpiéndola, casi á las claras, me irrita huyendo de Florencia, para privarme de mis place-

res, que son los más honestos que una madre puede permitir á un hijo. Os aseguro que para mostrarme amoroso con ella se necesita muchísimo.

—No importa: es vuestra madre; una madre que se consume por vos y por vuestro bien. Un escrúpulo de conciencia, y nada más, le inspiró este partido: Concedle á lo menos, por vía de tregua, estos pocos días que vamos á permanecer aquí, para que se tranquilice con una permanencia pacífica. Dejemos aparte las conversaciones que la conturban.

—No sé hablar sino de lo que pienso.

—No pido repuso Julia, que prescindais de vuestros estudios predilectos; me place, por el contrario, extraordinariamente oírlos entrar en propósitos elevados y dignos de vos; pero ¿qué precisión hay de que los convirtamos en asunto de conversación diaria? Si deseais ventilar conmigo cualquier punto, hablarme podeis en el jardín, cuando voy sola con vuestras hermanas. Así no se contristaré vuestra pobre madre.

Esta última palabra descubrió á John todo el designio de Julia, que no era retirarse de las diarias escaramuzas, sino sólo celarlas, por compasión á su madre. Pa-

recióle un acto gentil y cordial, por lo cual le respondió:—Puesto que lo quereis, sea. Mas os doy mi palabra de que no cesaré de acariciar mis ideas, hasta que haya tocado su fondo. Soy así.

## XL.

## COSITAS DE MENOS QUE NADA.

En esto entraba la condesa Giacinti para invitar á sus huéspedes á ir al comedor. En la mesa no se pronunció palabra sobre religión ó irreligión; hablóse naturalmente de los placeres que ofrecía el sitio y el tiempo. Imaginando la condesa complacer al joven John, á quien había visto armado con su fusil, prometió hallarle un guía para la caza, que era el repartidor de la correspondencia del pueblo. Dijo, dirigiéndose á la señora:—Os lo doy por un hombre de bien á carta cabal; hará compañía excelente á vuestro cazador. El yerno de la condesa, corroborando sus palabras, añadió:

—Pierone (así llamábase aquel) es una copa de oro: no es malo con los pajaritos. Me ha proporcionado sesenta ó se-